

**Benoît Peeters, *Derrida*.  
Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2013, 681 páginas.**

¿Cómo situarse para escribir la biografía de un filósofo, cómo delinear ese espacio de contacto y a la vez de divergencia entre la vida y la obra, la experiencia y el pensamiento, el cuerpo y la escritura? Estos son los interrogantes, a la vez que fácticos teóricos, a partir de los cuales se anudan y se desgranán los capítulos de este libro.

Dice Benoît Peeters, al comienzo: “No intentaré en este libro brindar una introducción a la filosofía de Jacques Derrida, ni mucho menos una nueva interpretación de una obra cuya amplitud y riqueza desafiarán por mucho tiempo a los comentaristas. Pero sí quisiera proponer la biografía de un pensamiento a la vez que la historia de un individuo” (15).

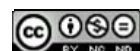
Fiel a ello, Peeters, quien supo además adoptar la distancia justa entre las encendidas admiraciones de quienes se declaran fanáticos derrideanos y los no menos encendidos detractores del filósofo francés, hilvana un relato preciso y sensible a las particularidades de una experiencia (que trata también de ir más allá de la biografía intelectual en la medida en que reconoce lábiles las fronteras entre lo que se adquiere por el trabajo consciente y lo que se suma a la huella atemporal de la vida inconsciente, así como a la división incierta entre la vida pública y la vida privada); se hace cargo de la complejidad de su tarea y ofrece un texto a la vez que pleno de valiosa información, interesante y ameno.

Recorremos entonces los hitos en la vida de un pequeño judío de Argel, expulsado de la escuela a los 12 años, que se sentía mal querido y rechazado por la universidad francesa, y que se convirtió en el filósofo francés más traducido del mundo. Frágil emocionalmente, atormentado a veces, incansable como escritor, no sólo de trabajos, artículos, libros, sino también de anotaciones personales y de una muy nutrida correspondencia, la vida de Derrida se despliega ante el lector como una vida de escritor.

Peeters, fiel a los mismos postulados derrideanos, intenta dar cuenta sobre todo del modo en que los pensamientos, o un pensamiento, se configura en un estilo, o en una firma, Jacques Derrida, en relación con las experiencias vividas, con las coyunturas de la política institucional de una comunidad intelectual, de la política a secas, de una evaluación de un sujeto, si se quiere excepcional, con las circunstancias, sino excepcionales únicas, que le tocaron vivir, y que lo llevaron a hacer una interpretación, poderosa, lúcida, creativa, de los problemas de la filosofía.

Ello le acarrió a Derrida una vida con retiros temporarios, problemas de salud, posiciones incómodas, rupturas, algún acceso de desánimo, nostalgia del país natal, acusaciones (del caso Heidegger al caso de Man): el texto propone un recorrido sensible a través de todas las dificultades para hacerse un lugar y una voz por parte de un filósofo con vocación de escritor que hace de la escritura como tal la pregunta des-fundante de la filosofía misma como praxis.

Al hilo de la biografía personal e intelectual de Derrida vemos aparecer otros nombres de gran peso en la escena del pensamiento francés del siglo: Cixous, Althusser, Ricoeur, Lacan, Bourdieu, Badiou, Lévi-Strauss, Kristeva, Szondi, Wahl, Hyppolite, Sollers, Foucault, Roudinesco, Jean Genet, Paul Celan, entre otros. Y no es el menos importante el capítulo que pasa detallada revista a las relaciones interpersonales e intelectuales de estas grandes figuras de lo que se puede considerar una época de oro de la *École Normale Supérieure*. El lector ve surgir ante sí, al paso de la minucia



histórica de Peeters y de su particular acierto —que merece mención aparte— en la selección de las citas de manuscritos y fuentes orales, el abanico de las influencias recíprocas entre estos pensadores, (el detalle, por ejemplo, de los años en que las clases de Lacan fueron escuchadas por Derrida), los intercambios epistolares y verbales en ocasiones de encuentros académicos o informales entre los teóricos y los escritores, y se puede ver surgir una atmósfera, tensa, prolífica intelectualmente, en la que se formaron algunas de las ideas rectoras de las ciencias humanas en el siglo XX en el ámbito francófono. A este respecto el trabajo de Peeters es inestimable: más allá de que justamente el aire de época o “estructura de sentimientos” que reconstruye Peeters hace imposible a veces situar los puntos específicos de lo que fue sin duda una intertextualidad e interdiscursividad generalizada, cada vez que puede informarnos del avance de las lecturas de Derrida y de sus respuestas emotivas y filosóficas a los permanentes estímulos filosóficos y literarios que provocaba y recibía.

La vida de Derrida muestra un pensamiento filosófico en los momentos en que se transforma en acto, como una poderosa clave interpretativa de los textos, de la historia, de las coyunturas políticas, de la vida misma, como una pasión por la filosofía que hace de cada uno de ellos una pregunta “Ya no me siento como en casa ni en la Universidad (...) ni fuera de la Universidad, pero ¿se trata de sentirse como en casa?” (carta a Gabriel Bounoure, 215), y se deja leer como la posibilidad de crear, con dolor a veces, pero sin duda también con gozo y como manifestación de un poderoso vitalismo, una visión del mundo, una lúcida forma de ser en el mundo, y de transformarla en escritura viva.

Así, por ejemplo, se destacan tanto la recreación de las diferentes repercusiones que tuvieron en los intelectuales los hechos de Mayo del 68 tanto como el modo en que el filósofo experimente su paternidad cuando dice: “más allá de sus pequeños melindres mallarmeños, Pierre es un brote poético continuo, a veces más allá de lo creíble, y para nosotros es una cotidianeidad milagrosa” (carta a Gabriel Bounoure, 254), en una conjunción única de vida, letras y filosofía.

Derrida mismo resume de manera magistral esta conjunción en toda su complejidad en una carta a Michel Foucault: “El trabajo universitario, con la forma que hoy se le asigna en nuestra sociedad —la universitaria en particular— me distrae dolorosamente (...) de lo que sería mi tarea esencial, vital (y mortal a la vez, y es por eso que lo que disimula esa tarea me protege y me tranquiliza al mismo tiempo): un tipo de escritura *filosófica* donde pueda decir “Yo”, contarme sin vergüenza y sin las delicias de un *Diario metafísico*” (163).

Aquel que hizo de la unión entre vida y escritura la pregunta fundamental de su filosofía y de su poética, propuso (mucho antes de que se pusiera de moda vía la versión reciente de los “estudios culturales”) leer los textos desde esa juntura que reúne experiencia y estilo, desde ese lugar imposible de definir en última instancia, en que lo propio se mezcla con lo más impropio: el lenguaje como sistema de la lengua, impersonal, ajeno, huésped ambivalente de la aventura subjetiva. Con su historia, sus goces, sus sombras, su idioma, su idiosincrasia, su aquí y ahora, iterable hasta la exasperación, único hasta el mutismo, entregado siempre a la interpretación y la lectura, arrebatado siempre de sí propio, en esa lucha constante de la cual se deja la huella que vale y se hace valer.

*Anahí Mallol*